

hablando amargamente:—¡Más bajo, por Dios! ¡Va usted á hacer que nos destrocen!

La verdad era que los insurrectos trataban á aquellos señores con la mayor dulzura; hasta les hicieron servir por la noche una excelente comida; mas para miedosos como el jefe económico, tales atenciones eran espantosas: los insurrectos no debían tratarlos tan bien sino con el objeto de encontrarlos más gordos y más tiernos el día que se los comieran.

Al obscurecer, Silverio se encontró frente á frente con su primo, el doctor Pascual; el sabio había seguido á la columna á pie, hablando, en medio de los obreros, que le veneraban. Desde el principio se había esforzado en disuadirlos de la lucha; después, como convencido por sus discursos:—Acaso tenéis razón, amigos míos—les había dicho con su sonrisa de indiferencia afectuosa;—batíos, que aquí estoy yo para componer los brazos y las piernas.—Y por la mañana se puso tranquilamente á recoger por el camino guijarros y plantas; desesperábase por no haber traído su martillo de geólogo y su caja de botánico. A aquella hora llevaba los bolsillos llenos de piedras y debajo del brazo grandes paquetes de largas hierbas.—¡Calle! ¿Eres tú, muchacho?—exclamó al ver á Silverio.—Yo creía ser aquí el único de la familia.—Pronunció estas últimas palabras con alguna ironía. Silverio se alegró mucho de encontrar á su primo: el doctor era el único de los Rougon que le estrechaba la mano en la calle y que le mostraba una amistad sincera. Así, al verlo cubierto todavía del polvo del

camino, y creyéndole adicto á la causa republicana, el joven manifestó vivo placer; hablóle de los derechos del pueblo, de su causa santa, de su triunfo asegurado, con énfasis juvenil. Pascual lo escuchaba sonriendo: examinaba con curiosidad sus gestos, la ardiente expresión de su fisonomía, como hubiese estudiado un caso, disecado un entusiasmo, para ver lo que había en el fondo de aquella generosa fiebre.—¡Cómo hablas, cómo hablas! ¡Eres el nieto de tu abuela!—Y añadió en voz baja, con un tono de químico que toma notas:—Histerismo ó entusiasmo, locura vergonzosa ó locura sublime... ¡Siempre esos diablos de nervios!—Después, concluyendo en voz alta, y como resumiendo su pensamiento:—La familia está completa—añadió.—Tendrá un héroe.

Silverio no le había oído; seguía hablando de su querida República. Miette se había detenido á algunos pasos, envuelta siempre en su gran capa roja; no abandonaba á Silverio, y habían recorrido toda la población cogidos del brazo. Aquella muchacha acabó por despertar la curiosidad de Pascual, que interrumpió bruscamente á su primo, preguntándole:

—¿Quién es esa niña que viene contigo?

—Es mi mujer—respondió Silverio gravemente.

El doctor abrió desmesuradamente los ojos; no comprendía; y como era muy tímido con las mujeres, envió á Miette, al alejarse, un saludo con su sombrero.

La noche fué intranquila; corría mal viento para los insurrectos: las tinieblas parecían haberse llevado el entusiasmo y la confianza de la vis-

pera. Por la mañana, los rostros estaban sombríos; cambiábanse miradas tristes, y reinaba el silencio del decaimiento. Corrían rumores espantosos; las malas noticias que los jefes habían tratado de ocultar se habían esparcido sin que nadie hubiese hablado, difundidas por esa boca invisible que con su aliento infunde el pánico en las multitudes. Corrían voces de que estaba vencido París y que se habían rendido las provincias; y añadían que numerosas tropas, salidas de Marsella bajo las órdenes del coronel Masson y M. de Bleriot, prefecto del departamento, avanzaban á marchas forzadas para destruir las partidas insurrectas. Aquello fué un derrumbamiento, un despertar lleno de cólera y desesperación. Aquellos hombres, que el día antes ardían en fiebre patriótica, se sintieron estremecer con el gran frío de la Francia sometida, vergonzosamente arrodillada. ¡Solo ellos habían tenido el heroísmo del deber! En aquel instante encontrábanse perdidos en medio del espanto de todos, en el silencio mortal del país: eran unos rebeldes; se les iba á cazar á tiros como á bestias feroces; habían soñado en una gran guerra, en la revolución de un pueblo, en la conquista gloriosa del derecho. Entonces, ante tal derrota, en tal abandono, aquel puñado de hombres lloró su fe muerta, su sueño de justicia desvanecido. Hubo quien, injuriando á toda la Francia por su cobardía, tiró sus armas y fué á sentarse á la orilla del camino, diciendo que allí esperaría las balas de la tropa, para mostrar cómo morían los republicanos. Aunque aquellos hombres no tenían delante de sí más que el destierro ó la

muerte, hubo pocas deserciones; una admirable solidaridad unía aquellas filas. La cólera se volvió contra los jefes, que eran incapaces realmente; habían cometido faltas irreparables; y luego, acobardados, sin disciplina, protegidos apenas por algunos centinelas, bajo las órdenes de hombres irresolutos, los insurrectos se encontraban á merced de los primeros soldados que se presentasen.

Todavía permanecieron dos días en Orchères, el martes y el miércoles, perdiendo el tiempo y agravando su situación. El general, el hombre del sable, que Silverio había mostrado á Miette en el camino de Plassans, vacilaba bajo la terrible responsabilidad que pesaba sobre él. El jueves juzgó que decididamente era peligrosa la posición de Orchères; hacia la una dió la orden de partir, y condujo su pequeño ejército á las alturas de Sainte-Roure: aquella era, por lo demás, una posición inexpugnable para quien hubiera sabido defenderla. Sainte-Roure esparce sus casas por la falda de una colina; detrás del pueblo, enormes rocas cierran el horizonte; no se puede subir á esta especie de ciudadela sino por la llanura de Nores, que se extiende por bajo de la meseta; una explanada, de la que se ha hecho un paseo plantado de soberbios olmos, domina la llanura: en esta explanada acamparon los insurrectos. Los rehenes tuvieron por cárcel una posada, el hotel de la «Mule-Blanche», situado en medio del paseo. La noche fué medrosa y oscura; se habló de traición. Por la mañana, el hombre del sable, que había olvidado tomar las más sencillas precauciones, pasó una revista; las fuerzas estaban ali-

neadas, volviendo la espalda á la llanura, con su extraña mezcla de trajes de todas formas y colores ceñidos por rojos cinturones; las armas, bizarramente confundidas, brillaban al sol. En el momento que el improvisado general pasaba á caballo por delante del pequeño ejército, un centinela, colocado entre unos olivares, corrió gesticulando y gritando:—¡Los soldados! ¡los soldados!...

La emoción fué indecible. Al principio creyóse una falsa alarma. Los insurrectos, olvidando toda disciplina, se lanzaron hacia adelante y corrieron hacia el borde de la explanada para ver á los soldados; se rompieron las filas, y cuando apareció la línea obscura de la tropa, correcta, con el brillo de las bayonetas, detrás de la cortina gris de los olivos, hubo un momento en que todo el mundo retrocedió, y se produjo una confusión que hizo recorrer un estremecimiento de pánico de un extremo á otro de la meseta. Sin embargo, en el centro del paseo, La Palud y Saint-Martin-de-Vaulx se habían rehecho y se mostraban firmes y valientes. Un leñador, un gigante cuya cabeza sobresalía por encima de la de sus compañeros, gritaba agitando su corbata roja: «¡A nosotros, Chavanoz, Graille, Poujols, Saint-Eutrope! ¡A nosotros, las Tulettes! ¡A nosotros, Plassans!»

Por la llanura atravesaban grandes corrientes de muchedumbre. El hombre del sable, rodeado de las gentes de Faverolles, se alejó rodeado de campesinos de Vernoux, Corbière, Marsanne y Pruinas, para envolver al enemigo y atacarle de flanco. Por otra parte, Valqueyras, Nazère, Cas-

tel-le-Vieux, las Roches-Noires, Murdaran, se lanzaron por la izquierda y se dispersaron en guerrilla por la llanura de Nores.

Y mientras que el paseo quedaba desierto, los pueblos, las aldeas que el leñador había llamado en su ayuda, se reunían, formando bajo los olmos una masa obscura, irregular, agrupada fuera de todas las reglas de la estrategia, pero que había rodado allí como una roca, para impedir el paso ó morir. Plassans se encontraba en medio de este heroico batallón; en la mancha gris de las blusas y de las chaquetas, en la masa de azulado brillo de las armas, la capa de Miette, que sostenía la bandera con las dos manos, era como una mancha roja, semejante á una herida y sangrando.

Reinó de pronto un profundo silencio. En una de las ventanas de la «Mule-Blanche» apareció la cabeza de M. Peirotte, hablando y gesticulando. —¡Escondeos, cerrad la ventana!—gritaron con furia los insurrectos,—¡vais á hacerlos matar!—Cerróse apresuradamente la ventana, y ya no se oyó más que el cadencioso paso de los soldados que se aproximaban.

Transcurrió un minuto interminable. La tropa había desaparecido ocultándose en un repliegue del terreno, y bien pronto vieron los insurrectos por el lado de la llanura, al ras del suelo, las puntas de las bayonetas que se movían y se agrandaban, brillando á la luz del sol naciente como un campo de mieses con espigas de acero. Silverio, en aquel momento de fiebre que le estremecía, creyó ver pasar ante sí la imagen del gendarme cuya sangre le había manchado las manos;

sabía, por los relatos de sus compañeros, que Rengade no había muerto, que sólo tenía un ojo saltado, y lo distinguía claramente, con su órbita vacía, sangrienta, horrible. El recuerdo de aquel hombre, en el que no había pensado desde su salida de Plassans, le era insoportable; temía tener miedo; apretaba violentamente su carabina, con los ojos velados por una niebla, ardiendo en deseos de descargarla, de hacer pedazos á tiros aquella imagen. Las bayonetas seguían subiendo lentamente.

Cuando las cabezas de los soldados aparecieron al borde de la explanada, Silverio, con un movimiento instintivo, volvióse hacia Miette. Ella estaba allí, erguida, con su cara color de rosa destacándose sobre los rojos pliegues de la bandera; alzábase sobre la punta de los pies para ver la tropa; una contracción nerviosa hacía estremecer su nariz, y mostraba sus blancos dientes de lobezno entre el rojo de sus labios. Silverio la sonreía, y aun no había vuelto la cabeza, cuando estalló una descarga. Los soldados, de los que apenas se veían todavía los hombros, acababan de hacer sus primeros disparos. Parecióle á Silverio que un gran viento de tempestad pasaba sobre su cabeza, al mismo tiempo que una lluvia de hojas cortadas por las balas caía de los olmos. Un ruido seco, semejante al de una rama muerta que se troncha, le hizo mirar á su derecha; vió al leñador, cuya cabeza sobresalía por encima de las de los demás, con un agujero negro en medio de la frente. Entonces descargó su carabina sin apuntar, la volvió á cargar, y tiró de nuevo, loco,

furioso, como una fiera que no piensa en nada, que sólo trata de matar; ni siquiera veía á los soldados. Entre los olmos flotaba una humareda semejante á jirones de muselina gris; las hojas seguían lloviendo sobre los insurrectos; la tropa tiraba muy alto. A cada instante, entre el estrépito de las descargas, el joven oía un suspiro, un sordo gemido; en el centro de la banda se abrió un hueco donde se hacía sitio al desgraciado que caía agarrándose á los hombros de su vecino. El fuego duró diez minutos.

Después, entre dos descargas, un hombre gritó: «¡Sálvese el que pueda!», con acento horrible de terror. Escucháronse rugidos, murmullos de rabia, que decían: «¡Cobardes! ¡Oh! ¡Cobardes!» Circulaban rumores siniestros; el jefe había huído; la caballería acuchillaba á los insurgentes dispersos en la llanura de Nores. Los disparos no cesaban, rasgando la humareda con resplandores súbitos. Una voz ronca repetía que era preciso morir allí; pero otra voz, la voz del terror, gritaba más alto: «¡Sálvese el que pueda!» Unos huyeron, arrojando las armas, saltando por encima de los muertos; otros estrecharon las filas. Quedaron unos diez insurrectos: dos de ellos huyeron también, y de los otros ocho, tres fueron muertos á la vez.

Los dos niños se habían quedado allí maquinalmente, sin comprender nada. A medida que el batallón disminuía, Miette alzaba más la bandera, y la tenía como un gran cirio, delante de sí, con los puños apretados: estaba acribillada á balazos. Cuando Silverio no tuvo ya más cartuchos en los bolsillos, cesó de disparar, y miró su

carabina con aire estúpido. En aquel mismo momento pasó una sombra por delante de sus ojos, como si un pájaro colosal le hubiera rozado la frente con sus alas, y alzando los ojos, vió que la bandera caía de las manos de Miette. La niña, con los puños apretados sobre el pecho y el rostro expresando un sufrimiento atroz, se retorció convulsa. No lanzó ni un grito, y desplomóse sobre la roja enseña.—¡ Levántate, y ven pronto!— dijo Silverio, tendiéndole la mano, con la cabeza perdida.—Pero permaneció en tierra; tenía los ojos muy abiertos, y no decía una palabra. Silverio comprendió, y se arrodilló.—¿ Estás herida, di? ¿ Dónde estás herida?

Miette no contestó; se ahogaba; mirábale con los ojos desmesuradamente abiertos, sacudida por ligeros estremecimientos. Entonces él le separó las manos.—Es aquí, ¿ no es verdad? ¡ Aquí es! —Y desgarrándole el corpiño, descubrió su pecho. Buscó, y no vió nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Después, bajo el pecho izquierdo, notó un agujerito rosado; una sola gota de sangre manchaba la piel.—Esto no será nada—balbuocéó;—voy á buscar á Pascual, y te curará. ¡ Si pudieras levantarte!... ¿ No puedes?

Los soldados ya no disparaban; se habían lanzado por la izquierda en persecución de los grupos que seguían al hombre del sable. En medio de la explanada solitaria, sólo estaba Silverio. arrodillado ante el cuerpo de Miette. Con la terquedad de la desesperación, la había cogido entre sus brazos; quería ponerla en pie; pero la niña experimentó tal sacudida de dolor, que volvió á de-

jarla en el suelo. Silverio le suplicaba:—¡ Háblame, te lo ruego! ¿ Por qué no dices nada?

La infeliz no podía. Agitó las manos con un movimiento dulce y lento para decir que no tenía la culpa. Sus labios, apretados, se adelgazaban ya bajo el dedo de la muerte. Con los cabellos sueltos y la cabeza entre los pliegues sangrientos de la bandera, ya no tenía vida más que en sus negros ojos, que brillaban sobre el blanco rostro. Silverio sollozaba; las miradas de aquellos grandes ojos fijos le hacían daño; veía en ellas un inmenso pesar de dejar la vida. Miette le decía que partía sola, antes de sus bodas; que se iba sin ser su mujer; decíale también que era él quien había querido esto; que debió amarla como todos los mozos aman á las jóvenes. En su agonía, en aquella ruda lucha que su naturaleza sanguínea sostenía con la muerte, lloraba su virginidad. Silverio, inclinado sobre ella, comprendió los amargos sollozos de aquella carne ardiente; oyó á lo lejos las sollicitaciones de las viejas osamentas; recordó las caricias que habían quemado sus labios por la noche á orillas del camino: ella se colgaba á su cuello, le pedía todo el amor, y él no había sabido dárselo. Dejaba partir á aquella niña desesperada por no haber gustado las voluptuosidades de la vida. Entonces, desolado al verla no llevarse de él más que un recuerdo de niño y de buen camarada, besó su pecho de virgen, aquella garganta casta y pura que acababa de descubrir. Jamás había visto aquel seno que se estremecía, aquella admirable pubertad. Las lágrimas abra-

saban sus labios, y apretó su boca, sollozando, sobre la piel de la niña. Sus besos de amante animaron con una postrera alegría los ojos de Miette. Se amaban, y su idilio se desenlazaba en la muerte. El no podía creer que ella muriese, y decía:—No; ya verás como esto no es nada... No hables si te duele... Espera; voy á levantarte la cabeza; después te calentaré: tienes las manos heladas.

Las descargas volvían á comenzar por la izquierda, entre los olivares; sordo rumor del galopar de la caballería subía de la llanura de Nores, y á cada instante oíanse gritos de hombres á quienes se degollaba. Llegaban espesas humaredas arrastrándose bajo los olmos de la explanada, pero Silverio ni oía ni veía. Pascual, que bajaba corriendo hacia la llanura, lo vió, y creyóle herido. Así que el joven lo reconoció, se agarró á él y le mostró á Miette.—Mírela usted—decía:—está herida aquí, bajo el pecho... ¡Ah! ¡Qué bueno es usted por haber venido! ¡Usted la salvará!

En aquel momento la moribunda tuvo una ligera convulsión; una sombra dolorosa pasó por su rostro, y de sus apretados labios, que se abrieron, salió un débil suspiro. Sus ojos, siempre muy abiertos, quedaron clavados en el joven. Pascual, que se había inclinado, se levantó, diciendo á media voz:—¡Está muerta!—¡Muerta! Aquella palabra hizo tambalearse á Silverio. Se había vuelto á arrodillar, y cayó como derribado por el débil suspiro de Miette.—¡Muerta! ¡muerta!—repetía.—¡No es verdad! ¡me mira!... ¡Ya ve usted que me mira!—Y cogió al médico, pidiéndole que no

se fuese, y afirmándole que se engañaba; que Miette no estaba muerta, y que él podía salvarla si quería. Pascual luchó dulcemente, diciendo con voz afectuosa:—Nada puedo hacer; otros me esperan... Déjame, pobre niño; ¡está bien muerta!

Silverio volvió á caer. ¡Muerta! ¡muerta! Esta palabra resonaba en su cabeza vacía. Cuando estuvo solo, se arrastró cerca del cadáver. Miette le miraba siempre. Entonces se arrojó sobre ella, puso la cabeza sobre su garganta desnuda, y la bañó con sus lágrimas. ¡Estaba loco! Apretó furiosamente sus labios sobre la redondez naciente de aquellos pechos; les transmitía con un beso todo su fuego, toda su vida, como para resucitarla; pero la niña permanecía fría á sus caricias. Sentía aquel cuerpo inerte abandonado entre sus brazos; le acometió el espanto, y acurrucándose, con el rostro trastornado y los brazos caídos, permaneció allí, repitiendo estúpidamente:—¡Está muerta, pero me mira! ¡no cierra los ojos! ¡me ve aún!—Aquella idea le infundió una gran dulzura. Cambió con Miette una larga mirada, leyendo todavía en aquellos ojos, que la muerte hacía más profundos, los últimos despechos de la niña llorando su virginidad.

Entretanto la caballería seguía acuchillando á los fugitivos en la llanura de Nores; el galope de los caballos, los gritos de los moribundos alejábanse, desvaneciéndose como una música lejana, llevados por el aire puro. Silverio no se daba cuenta que continuaba la lucha; no vió á su primo que subía la cuesta y que atravesaba de nuevo el paseo. Al cruzar Pascual junto á él cogió la

carabina de Macquart, que Silverio había arrojado; la conocía por haberla visto colgada en la chimenea de tía Dida, y pensaba salvarla de las manos de los vencedores. Apenas había entrado en la posada de la «Mule-Blanche», donde habían sido conducidos muchos heridos, cuando una oleada de insurrectos, á quienes daba caza la tropa como á fieras, invadió la explanada. El hombre del sable había huído; los que acuchillaban eran los últimos contingentes de los campos. Hubo allí una horrible matanza. El coronel Masson y el prefecto M. de Bleriot se apiadaron, y ordenaron vanamente la retirada; los soldados, furiosos, continuaban tirando y clavando á los fugitivos contra las paredes á bayonetazos. Cuando ya no tuvieron enemigos delante, acribillaron á balazos la fachada de la «Mule-Blanche». Los pestillos saltaban; una ventana, que estaba entreabierta, fué arrancada con ruido estridente de vidrios rotos. En el interior gritaban: «¡ Los prisioneros! ¡ Los prisioneros!» Pero la tropa no oía, y seguía disparando. Vióse un momento al comandante Sicardot exasperado, aparecer y hablar, moviendo los brazos; á su lado el jefe económico, M. Peirotte, mostró su cuerpecillo y su cara asustada. Todavía sonó otra descarga, y M. Peirotte cayó por tierra.

Silverio y Miette se miraban. El joven seguía inclinado sobre la muerta en medio de las descargas y de los gemidos de agonía, sin volver siquiera la cabeza; sólo sintió que por allí había hombres; experimentó un sentimiento de pudor, y echó sobre Miette los pliegues de la bandera

roja, cubriendo su pecho desnudo. Luego continuaron mirándose.

La lucha había acabado. La muerte del jefe económico calmó á los soldados, que recorrían todos los rincones de la explanada para no dejar escapar á ningún insurrecto. Un gendarme vió á Silverio, acercósele, y al verle tan niño, le preguntó:—¿Qué haces aquí, galopín?—Silverio, con los ojos puestos en los ojos de Miette, no contestó.—¡Ah, bandido! ¡tienes las manos negras de pólvora!—gritó el gendarme, que se había inclinado.—¡Vamos, arriba, canalla!—Y como Silverio, sonriendo vagamente, no se moviera, el gendarme se fijó en aquel cadáver que se encontraba envuelto en la bandera era el de una mujer.—¡Una hermosa joven! ¡Es lástima!—murmuró.—¿Tu querida, eh? ¡Libertino!—Después añadió con sonrisa de gendarme:—¡Vamos, arriba!... Como está muerta, no querrás ya acostarte con ella.

Y tiró violentamente de Silverio, lo puso en pie, y lo arrastró como un perro al cual se lleva por una pata. Silverio se dejó conducir con una obediencia de niño. Volvióse, y miró á Miette. Se desesperaba por dejarla sola bajo los árboles. Miróla de lejos por última vez. La muerta quedaba allí, casta, con la cabeza ligeramente inclinada sobre la roja bandera y los grandes ojos fijos en el espacio.

VI

A las cinco de la mañana se atrevió Rougon á salir de casa de su madre: la anciana habíase dormido en una silla. Poco á poco avanzó hasta la esquina del callejón de Saint-Mitre. Ni un ruido, ni una sombra... Siguió hasta la puerta de Roma; el hueco de la puerta, abierto de par en par, se hundía en la negrura de la ciudad dormida. Plassans dormía á pierna suelta, sin preocuparse gran cosa de la imprudencia que cometía dejando así abandonadas sus puertas. Parecía una población muerta. Pedro, cobrando confianza, se aventuró por la calle de Niza. Desde lejos escudriñaba todas las bocacalles, y se estremecía al menor ruido; parecíale ver una partida de insurrectos saltándole al cuello. Así llegó al paseo de Sauvaire sin ningún tropiezo. Era indudable: los insurrectos se habían desvanecido en las tinieblas como una pesadilla.

Se paró un instante en la desierta acera, y lanzó un largo suspiro de desahogo y de triunfo; por fin aquellos pillos de republicanos le dejaban libre á Plassans. La ciudad le pertenecía: dormía como una tonta; estaba allí, negra, tranquila, muda y confiada, y sólo tenía que extender la mano para cogerla. Aquel pequeño reposo, aquella mirada de hombre superior lanzada sobre el sueño de una subprefectura, le causaron inefables alegrías, y permaneció allí, cruzado de brazos, tomando en la noche una actitud de gran capitán la víspera de una victoria. A lo lejos sólo oía el canto de las

fuentes, cuyos hilos de agua sonoros caían en los pilones.

De pronto le asaltó viva inquietud. ¡Si por desgracia se hubiese hecho el imperio sin él! ¡Si los Sicardot, los Garçonnet y los Peirotte, en vez de ser presos por la partida insurrecta, la tuviesen ya á buen recaudo en las cárceles de la ciudad! Frío sudor empapó su frente, y echó á andar, esperando oír de boca de Felicidad noticias exactas. Pegado á las casas, adelantó rápidamente por la calle de la Banne, cuando un extraño espectáculo, que advirtió al levantar la cabeza, le dejó clavado en el suelo. Una de las ventanas del salón amarillo estaba vivamente iluminada, y, en medio de aquel resplandor, una forma negra, en la que reconoció á su mujer, se inclinaba agitando el brazo de una manera desesperada. Interrogábase, y nada comprendía; estaba asustado, cuando un objeto cayó á sus pies en la acera. Felicidad le arrojaba la llave de la cochera en que había ocultado los fusiles. Aquella llave significaba claramente que era preciso tomar las armas. Volvió á ponerse en marcha, no explicándose por qué su mujer le había impedido subir, y sospechando cosas terribles.

Fué derecho á casa de Roudier, que estaba levantado y dispuesto á salir, pero ignorante de los sucesos de aquella noche. Vivía en un extremo de la ciudad nueva, en un sitio muy solitario, á donde no llegó ni el eco más leve de la presencia de los insurgentes. Pedro le propuso ir juntos á buscar á Granoux, cuya casa hacía esquina á la calle de Recollets, y bajo cuyas ventanas debió

«pasar la banda insurrecta». La criada del consejero municipal parlamentó largo rato antes de introducirlos, y oían la voz temblorosa del pobre hombre, que gritaba desde el piso:—¡No abras, Catalina, que están las calles infestadas de ladrones!

Estaba á obscuras en su alcoba. Cuando reconoció á sus dos amigos, se tranquilizó, pero no quiso que su criada entrase la lámpara, temeroso de que la claridad sirviese de blanco á algún balaço; pareciale que todavía estaban en la ciudad los insurgentes. Tendido en un sillón cerca de la ventana, en calzoncillos, y con la cabeza envuelta en un pañuelo, gemía:

—¡Ay, amigos míos! ¡Si supieran ustedes!... He intentado acostarme, pero ¡hacían un ruido!... Entonces me arrojé en este sillón. ¡Lo he visto todo, todo!... ¡Qué caras! ¡Una partida de escapados de presidio! Después volvieron á pasar... llevaban presos al bravo comandante Sicardot, al digno M. Garçonnet y al administrador de Correos, á todos estos señores, lanzando gritos de caníbales.

Rougon sintió viva alegría, é hizo repetir á Granoux que había visto al alcalde y á los otros en medio de los bandidos.

—¡Cuando yo se lo digo á usted!—sollozaba el infeliz.—Yo estaba detrás de mi persiana. Después vinieron á arrestar á M. Peirotte, y le oí que decía:—¡Señores, no me hagan ustedes daño! ¡Debían martirizarle!... ¡Oh! ¡Es una vergüenza!

Roudier calmó á Granoux, diciéndole que la ciudad estaba libre; así fué que el digno hombre

se sintió presa de ardor guerrero, cuando Pedro le dijo que venía á buscarle para salvar á Plasans.

Los tres salvadores deliberaron y resolvieron ir á despertar cada cual á sus amigos y citarles en la cochera, el arsenal secreto de la reacción. Pedro seguía acordándose de los aspavientos de Felicidad, viendo en todos puntos un peligro inminente. Granoux, el más torpe de los tres, fué el primero á quien se le ocurrió que podían haber quedado algunos republicanos en la ciudad. Aquello fué un rayo de luz, y Rougon, con un presentimiento que no le engañó, se dijo á sí mismo: «Macquart debe andar en esto.»

Una hora después estaban reunidos en la cochera situada en el fondo de un barrio extraviado. Habían ido discretamente, de puerta en puerta, ahogando el ruido de las campanillas y de los llamadores, recogiendo el mayor número de hombres posible, pero sólo habían podido reunir unos cuarenta, que llegaron en fila, deslizándose en la sombra, sin corbata, con los rostros pálidos y los ojos soñolientos todavía. La cochera, arrendada á un tonelero, estaba llena de aros, de barriles desfondados y cubas inútiles. Los fusiles estaban en tres cajones. Una linterna, colocada encima de una pipa, alumbraba aquella extraña escena con sus reflejos vacilantes y tenues. Cuando Rougon levantó las tapas, el espectáculo de aquella reunión era á la vez grotesco y siniestro. Sobre los fusiles, cuyos cañones brillaban azulados y como fosforescentes, alargábanse los cuellos, inclinábanse las cabezas con una especie de secreto

horror, mientras que sobre las paredes dibujaba la amarillenta luz de la linterna descomunales narices y mechones enormes de cabellos erizados.

La banda reaccionaria pasó revista, y al ver cuán pocos eran, tuvo un movimiento de vacilación. Eran treinta y nueve, y seguramente iban á hacerse matar; muchos, sin alegar ningún pretexto, se encaminaron hacia la puerta; pero llegaron otros dos conjurados que vivían en la plaza del Hotel de Ville, y dijeron que no quedaban en el ayuntamiento más que unos veinte republicanos. Deliberóse de nuevo; cuarenta y uno contra veinte pareció número suficiente. La distribución de las armas produjo un pequeño estremecimiento; Rougon las sacaba de las cajas, y todos, al recibir el fusil cuyo cañón estaba helado en aquella noche de Diciembre, sentían penetrar y helárseles las entrañas. Las sombras en las paredes tomaban actitudes de quintos torpes, separando los diez dedos. Pedro cerró de nuevo las cajas con pena; dejaba en ellas ciento nueve fusiles, que de muy buena gana hubiera distribuído. En seguida comenzó el reparto de cartuchos. En un rincón de la cuadra había dos toneles llenos hasta los bordes de municiones, suficientes para defender á Plassans contra un ejército. Como estaba obscuro aquel lado del local, uno de los conjurados cogió la linterna para alumbrar; pero otro, un salchichero gordo con puños de gigante, se enfadó, diciendo que era una imprudencia acercar la luz; todos los demás asintieron. Los cartuchos fueron distribuídos en plena obscuridad; llenáronse los bolsillos hasta hacerlos reventar. Luego que estuvie-

ron dispuestos y los fusiles cargados con precauciones infinitas, permanecieron un momento mirándose con aspecto extraviado, cambiando miradas en que la crueldad cobarde se mezclaba á la estupidez.

Por las calles andaban silenciosos, pegados á las paredes, en fila, como los salvajes cuando van á la guerra. Rougon habíase puesto á la cabeza, por ser el sitio de honor; era llegada la hora de exhibir su persona si quería realizar todos sus planes. A pesar del frío, sudaba y trasudaba; pero, por un esfuerzo enorme, conservaba un aspecto bastante marcial. Roudier y Granoux le seguían. Dos veces la columna se paró en firme, creyendo oír ruidos lejanos de combate; pero al convencerse de que procedía sencillamente de las bacías colgadas en la muestra de un peluquero, que se movían agitadas por el viento, los salvadores de Plassans volvieron á ponerse en marcha, afectando valor y confianza. Así llegaron á la plaza del Hotel de Ville. Agrupáronse alrededor de Rougon, y de nuevo deliberaron. Enfrente de ellos, sobre la negra fachada de la alcaldía, una sola ventana estaba iluminada. Eran cerca de las siete: iba á amanecer. Tras una discusión de diez minutos, decidióse que avanzarían hasta la puerta para ver lo que significaban aquella obscuridad y aquel silencio alarmante. La puerta estaba entornada. Uno de los conjurados asomó la cabeza y la retiró vivamente, diciendo que en el portal había visto sentado á un hombre durmiendo, con el fusil entre las piernas. Rougon, viendo ocasión de hacer la primera heroicidad, entró el primero, acercóse

al hombre y le sujetó, mientras Roudier le tapaba la boca con un pañuelo. Este primer éxito, alcanzado en silencio, envalentonó á la pequeña tropa, que había soñado con un fuego mortífero. Rougon hizo imperiosos signos para que la alegría de sus soldados no estallase ruidosamente.

Siguieron andando de puntillas; después, á la izquierda, en el cuerpo de guardia, vieron quince hombres tumbados en el camastro, roncando á pierna suelta á la moribunda luz de un farol fijo en la pared. Rougon, que por instantes se convertía en un gran general, dejó ante el cuerpo de guardia la mitad de sus hombres, con orden de no despertar á los que dormían, pero de hacerlos prisioneros si se movían. Lo que le inquietaba era aquella ventana iluminada que había visto desde la plaza. Barruntaba siempre á Macquart en el asunto, y como comprendía que velaban allá arriba, insistía en operar por sorpresa antes que el ruido de una lucha les hiciera atrincherarse. Subió despacio, seguido de veinte héroes, de que disponía aún; Roudier mandaba el destacamento del patio. Macquart, en efecto, estaba arriba en el despacho del alcalde, sentado en su sillón, de codos sobre la mesa. Después de la partida de los insurrectos, con esa hermosa confianza patrimonio de la gente grosera, creyóse el amo de Plassans. Para él aquella partida de tres mil hombres era un ejército invencible; sólo su proximidad serviría para tener á aquellos burgueses dóciles y sumisos bajo su mando. Además, los gendarmes estaban encerrados en su cuartel; la guardia nacional se encontraba desorganizada; el barrio de

los nobles debía reventar de miedo; los rentistas de la ciudad nueva no habían tocado jamás un fusil; no había armas ni rebeldes tampoco. Ni aun siquiera tomó la precaución de cerrar la puerta, y mientras que sus secuaces llevaban todavía más lejos la confianza, durmiéndose, él esperaba tranquilamente la llegada del día que iba, pensaba, á traer y agrupar en torno suyo á todos los republicanos del país. Soñaba ya en grandes medidas revolucionarias: el nombramiento de una Commune, de la que sería jefe, la prisión de todos los malos patriotas, y, sobre todo, de las gentes que le disgustaban. El pensar en los Rougon vencidos, en el salón amarillo desierto, en toda aquella camada implorándole gracia, le llenaba de alegría. Para matar el tiempo, había resuelto dar una proclama á los habitantes de Plassans. Cuatro amigos se pusieron á redactarla. Cuando estuvo corriente, Macquart, tomando una actitud digna en el sillón del alcalde, hizo que se la leyesen antes de enviarla á la imprenta de *El Independiente*, con cuyo civismo contaba. Uno de los redactores empezó con gran énfasis: «Habitantes de Plassans: La hora de la independencia ha sonado; el reinado de la justicia ha venido...» cuando se oyó un ruido en la puerta del despacho, que se abrió lentamente.

—¿Eres tú, Cassoute?—preguntó Macquart, interrumpiendo la lectura.—Nadie respondió. La puerta seguía abriéndose.—Entra, pues—repuso con impaciencia.—El bandido de mi hermano ¿está en su casa?—De súbito las dos hojas de la puerta, empujadas con violencia, chocaron contra

la pared, y una oleada de hombres, entre los cuales estaba Rougon, muy colorado, con los ojos fuera de las órbitas, invadió el despacho, blandiendo sus fusiles como garrotes.—¡Ah, canallas! —aulló Macquart.—¡Tienen armas! —Trató de armas!—Trató de coger un par de pistolas que tenía sobre la mesa, pero ya cinco hombres le tenían sujeto. Los cuatro redactores de la proclama lucharon un instante; hubo empujones, pataleo y ruido de caídas; los combatientes veíanse embarazados por los fusiles, que no les servían de nada, pero que no querían soltar. En esto el de Rougon, que un insurrecto trataba de arrancarle, se disparó solo con gran estrépito, llenando de humo el cuarto: la bala fué á romper un soberbio espejo que subía desde la chimenea hasta el techo y tenía fama de ser uno de los mejores de la ciudad. La detonación ensordeció á todos y puso fin al combate.

Mientras los de arriba jadeaban, en el patio sonaron tres disparos. Granoux corrió á una de las ventanas del despacho; las caras se alargaron, y todos, inclinados con ansiedad, esperaron, preocupados por tener que reanudar la lucha con los hombres del cuerpo de guardia, que habían olvidado en la victoria; pero Roudier gritó que todo iba bien. Granoux, radiante, cerró la ventana. La verdad era que el disparo del fusil de Rougon había despertado á los durmientes, que se rindieron viendo que toda resistencia sería imposible; sólo que, en la prisa ciega por concluir, tres de los hombres de Roudier habían descargado sus armas al aire como en respuesta á la detonación

de arriba, sin saber lo que hacían: hay momentos en que los fusiles se disparan solos en manos de los cobardes. Rougon mandó atar á Macquart sólidamente por las muñecas con los cordones de las grandes cortinas verdes del despacho. Macquart balbuceaba, llorando de rabia:—¡Adelante... adelante!... que esta noche, cuando vuelvan los otros, hablaremos y ajustaremos cuentas.—Aquella alusión á la partida insurrecta produjo un escalofrío en la espalda á todos los vencedores; sobre todo Rougon sintió que la garganta se le anudaba. Su hermano, furioso de verse cogido por aquellos burgueses atontados, á quienes desdénaba á título de antiguo soldado, rugía y los desafinaba con ojos brillantes de odio.—Bonitas cosas sé yo... Eso... Enviadme á la Cour d'Assises, y veréis qué historias para hacer reir les cuento yo á los jueces...

Rougon se puso lívido: temía que Macquart hablase y le hiciera perder en el concepto de aquellos señores que acababan de ayudarle á salvar á Plassans. Por su parte los señores, asombrados por el encuentro dramático de los dos hermanos, se habían retirado á un extremo del despacho, viendo que iba á entablarse algún altercado bofrascoso. Rougon tomó una medida heroica; avanzó hacia el grupo, y dijo con noble tono:—Guardaremos á este hombre; y cuando haya reflexionado sobre su situación, podrá suministraros preciosos antecedentes.—Y con acento más digno todavía, prosiguió:—He jurado salvar la ciudad de la anarquía, y cumpliré con mi deber, así tenga que ser el verdugo de mi más próximo pariente.